
Homilía en la canonización de san Juan Bautista Vianney y san Juan Eudes*

Homily on the Canonization of St. Jean-Baptiste M. Vianney and St. John Eudes

Tenida el 31 de mayo de 1925, fiesta de Pentecostés.

Procura a nosotros y a toda la comunidad de fieles una gran alegría la pía conmemoración de aquel día admirable, cuando la Iglesia naciente, adornada de todos los carismas del Espíritu Santo, del silencioso retiro del Cenáculo se presentó por primera vez ante todo el mundo.

Y desde aquel momento, habiendo empezado la difusión en la inmaculada Esposa de Cristo de la vida y la virtud perenne –porque como dice S. Agustín lo que hace en nuestro cuerpo la alma, eso hace el Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia–, por la presente ayuda del Espíritu de la Verdad, la Iglesia no solo estuvo inmune de cualquier error, sino que sembró y alimentó con gran cuidado las semillas de la sagrada doctrina y de la caridad por todas partes, estando destinada a la común salvación de los pueblos. Y de hecho, esta divina virtud del Espíritu Paráclito, que remueve de la Iglesia el contagio de los errores, de modo clarísimo brilló a los ojos de todos cuando se celebró, aproximadamente hace dieciséis siglos, el Concilio de Nicea: cuya conmemoración esperamos que, ilustrando y moviendo la mente y los ánimos la gracia divina, quiera acelerar la unión de las iglesias disidentes con la Sede Apostólica. La obra, por otra parte, a la que los apóstoles se dedicaron desde el día de Pentecostés y sellaron, en cierto modo, con su sangre, de llevar al mundo de la corrupción pagana a la nueva religión, viene con útil continuidad perseguida por todos ellos, los cuales, renunciando a la comunidad de la casa y de la vida, llevan a los pueblos bárbaros, a precio de grandes esfuerzos y también de

* Texto original en latín en AAS XVII (1925) 223-225

la vida, la luz evangélica junto con la civilización humana, o trabajan sin descanso para apartar a los fieles del fango de los vicios y llevarlos a la práctica de la virtud.

Estos sagrados ministros –así como la gracia no destruye sino que perfecciona la naturaleza, y el mismo e idéntico Espíritu distribuye diversamente sus dones como quiere– no tienen a su disposición los mismos dones ni en igual medida; pero en algunos se encuentra una tal riqueza de dones celestiales y de tanta eficacia, que junto a la misma santidad de vida producen también admirables frutos de apostolado.

Este hecho, como sabéis, sucede en los dos sacerdotes que hemos inscrito ahora en el catálogo de los Santos, de tal modo que para Nos y para el mundo católico es doble la alegría en esta fiesta.

No es aquí el caso, tratándose de cosas bien conocidas, que Nos dediquemos un largo discurso para ilustrar los ejemplos de virtud y el curso de la vida de ambos. Pero Nos parece casi ver la delgada figura corpórea de Juan Bautista Vianney con la cabeza refulgente de una tupida corona de cabellos níveos, con el rostro grácil y macilento por los ayunos, de la cual traspiraba tan bien la inocencia y la santidad de su ánimo humildísimo y suavísimo, de tal modo que su sola visión llevaba a pensamientos santos. Y ¿quién, aún con el corazón endurecido en sus pecados, se resistió a sus palabras y lágrimas? ¿Quién no se conmovió con su predicación vespertina, aunque fuera proferida con voz sofocada, y no se movió a la penitencia o al amor de Jesús? En todo lo cual, evidentemente, reluce de modo admirable la acción del Espíritu Santo, que es el único que puede hacer de un hombre indocto e inculto un habilísimo pescador de hombres.

Más amplio fue el campo abierto por el celo de Juan Eudes. De hecho, su voz resonó por toda Francia, arrancando, como fecundo predicador de la verdad eterna, innumerables presas al antiguo enemigo del género humano para restituir las almas al divino Redentor. Y, dejando a un lado el resto, dejó como heredero de su apostolado a la Sociedad de Religiosos de Jesús y María e inflamó con su celo a las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad a las cuales, aparte de los tres votos acostumbrados, obligó con un cuarto voto a hospedar y a reconducir a la práctica de la vida honesta a las mujeres pecadoras, sin olvidar la misericordia que Jesucristo demostró hacia la Samaritana y a la mujer pecadora y adúltera.

Por esto, grandemente deseamos que los sacerdotes se fijen en los dos nuevos santos para imitarlos. Del primero, especialmente los párrocos de los humildes villorrios que aprendan con que celo de la gloria de Dios, con que frecuencia de oración, con que vestido de virtud deben cuidar el bien de las almas; de otra parte, los predicadores y los misioneros, conozcan de que elocuencia deben servirse que no acaricie los oídos de los oyentes sino que gane las almas para Cristo. Recuerden, todos, basándose en el ejemplo de ambos, que no deben abstenerse del apostolado antes de cerrar los ojos en el suavísimo beso de Jesucristo, Príncipe de los Pastores.

Y para volver al lugar del que partimos, no ceséis, Venerables Hermanos y amados Hijos, de unir vuestra oración a la Nuestra para volver propicio a la causa católica al Espíritu de la Verdad y Autor de toda santidad. Él, que invisiblemente vivifica y une la Iglesia y que presidió las deliberaciones de los Padres en el primer Concilio de Nicea y después en los otros Concilios Ecuménicos sucesivos, continúe estando presente en la Iglesia siempre con mayor abundancia de dones y, rezando por nosotros con gemidos inenarrables, renueve la faz de la tierra y lleva a cumplimiento la unión de todos los cristianos, Él, que con el Padre y el Hijo, vive y reina por los siglos de los siglos. Así sea.